



HISTORIAS DE MOSTRADOR

PACO LÓPEZ MENGUAL



MURCIA
2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Historias de mostrador”

© Paco López Mengual, 2021

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2021

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

Maquetación: Gloria López Corbalán

Fotografía de cubierta y de autor: Ginesa Meseguer

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978 84 123161 1 7

Depósito legal: MU 165 2021

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Las Marujas	13
Pañuelo	19
Dedos	20
Sordomuda	21
Amor	22
Franco	23
Velones	24
Mujeres	25
Mariano	26
Maja	27
Dolor	29
Modista	30
Piropo	31
Collar	32
Guardia	33
Alada	34
París	35
Visionarios	36
Tele	37
Maquinilla	38
Señorita	39
Duros	40
Gendarmes	41

Memoria	42
Historias	43
Teta	44
Mercería y librerías	45
Escotes	46
Natural	47
Evangelista	48
Retrete	49
Edad	50
Otra vez la evangelista	51
DNI	52
Boxeo	53
Escultura	54
Fotos	56
Calaveras	57
Baltasar	58
Pretendiente	59
Placeres	60
Óscar Esquivias	61
Orfidal	62
Amancio Ortega	63
Policía	64
Sombreros	65
Rodilleras	67
Cogollos	68
Tienda de chinos	69
Ana	70
Ganchillo	71
Difuntos	72

Cobrador del frac	73
Orejas	74
Pañito	75
Mal de ojo	76
Nicaragua	77
Jesucristo	78
Agnóstico	79
Misas	80
Sepultura	81
Enterrador	83
Juventud	84
Pepino	85
Enhebrador	86
Hanna Montana	87
Esquelas	88
Sueños	89
Zapatos	90
Bares	91
Pequeño comercio	92
Foto	93
Cenizas	94
Heridas abiertas	95
Censura	97
Cascos	99
Mamás	100
Virgen	101
Monjitas	103
Recuerdo de Zaragoza	104
Garbanzo	105

Tallas	106
Jubilado	107
Pipirijate	109
Calzoncillos	110
Braguetas	111
Amor	112
Colón	113
Balones	114
Maridos	116
Sexy	117
Viaje	118
Velcro	119
Muñecas Marín	120
Pezones	122
Regalo	123
Colores	124
Ayuda	125
El comprimido	126
Calcetines	127
Salvaslip	128
El futuro	129
Botones	130
Gorras	131
Paracaidista	132
Jabón	133
Juventud	134
Fobias	135
Piropos	136
Mortajas	137

Bombas	138
Varón Dandy	139
Alemania	140
Curriculum	142
Enfermo	143
Colombiana	144
Novelón	145
Calor	148
Confidencias	149
Pañuelos	150
Blusa	151
Luis	152
Mercería	153
Ídolos	154
Musulmanas	156
Explotación	157
Pelo	158
Bebé gótico	159
Periódicos	160
Reliquia	161
Fiestas	162
Divorcio	163
Oreja	164
Boquetes	165
Templarios	166
Wikipedia	167
Bolsas	168
Divorcio	169
Honra	170

Poeta	172
Dentadura	174
La Pasión	175
Número	177
Juegos	178
Ojos	179
Estornudos	180
Madres	181
Gusanos de seda	182
Punk	183
El Caso	184
Varones	185
Esteriotipos	186
Obispo	187
Gafes	188
Polleras	189
Faraón	190
Cordón	191
Yonki	192
Paro	193
Medias	194
Valero	195
Velos	197
Tatarabuelo	198
Abuela	199
Viajes	200
Stampita	201
Boinas	203
Lluvia	204

Guiñol	205
Susto	206
Magia	208
Felicitación	210
Lana	211
Irma Soriano	212
3 de Marzo	213
Patrón	214
El secreto	215
Lazo	216
Ocho años	217
Abuela	219
Diego López	221
Quinceañera	224
Ausente	225
Ronquina	226
Entierro	227
Laca	228
Agenda	229
Barco	230
Ánimas	231
Black-Friday	233
Cinta métrica	234
Saludos	235
Bofetadas	236
Libertad	238
Órdenes	239
Punto de cruz	240
Tele	241

Carta de amor	242
España profunda	244
Discusión	245
Nueras	246
Oliscones	247
Ánimas benditas	249
Amantes	251
Zapatos	252
Monedas	253
Carmen	254
Esmeraldín	255
Residencia	256
Pólvora	258
Mercero	259
Demencias	260
Pitón	261
Abanico	262
Mercerías	263
Lectora	264
Gotelé	265
Bancos	266
Blasfemias	267
La misa	269
Penalti	270
Villancicos	271
Abuelos	272
Brutalidad	273
Preñadas	275
Cuentos	277
Extraterrestre	279

Las Marujas

Las Marujas, así se llama mi mercería. Que tenga constancia, desde mediados del siglo XIX mi familia se ha dedicado a vender —compagnándolos con otros tipos de artículos— botones, cremalleras y cintas de satén. Durante ciento y pico años, generación tras generación, los hombres y mujeres de mi casa nos hemos ganado la vida de pie, despachando tras un mostrador.

En la ubicación actual, en la calle Mayor de nuestro pueblo —Molina de Segura, en la provincia de Murcia—, Las Marujas abrió al público el día 2 de octubre de 1962. Lo sé, porque fue tres días antes de que yo naciera. Aquella mañana, levantaron la persiana mi abuelo Francisco, mi tía Maruja y Bautista, mi padre; de ellos aprendimos el oficio mi hermana Nieves y yo, que junto a nuestra compañera Sandra formamos el equipo actual. Jornada a jornada, resistiendo en mitad de un océano que nos azota con las olas levantadas por grandes superficies, centros comerciales, franquicias, tiendas de chinos, venta on-line..., nos hemos ido convirtiendo en uno de los establecimientos más antiguos de la localidad. Si no el más.

Parafraseando al poeta, mi infancia son recuerdos de una mercería. A la salida del colegio, cuando mis ojos

apenas asomaban por encima del mostrador, esperaba paciente, observándolo todo, a que hubiese un hueco de público y mi madre me hiciese un bocadillo de atún y mayonesa, que comía sentado en una sillita, en un rincón de la tienda, mientras ojeaba un tebeo. Palabras como corchete, acerico, dedal u organdí nunca me han sido ajenas.

Años después, cuando di por concluidos mis estudios universitarios —cursé Magisterio—, eran tiempos de mucho negocio y me incorporé a trabajar en el comercio familiar. Ya nunca abandoné el mostrador. Pasé años y años ordenando cajitas de imperdibles, doblando piezas de tiras bordadas o colocando en sus compartimentos madejas de hilos para bordar a punto de cruz. Pero un día, cuando ya había cumplido los cuarenta, algo mágico me ocurrió: ya había anochecido cuando, al bajar la persiana de la mercería, sentí un extraño impulso que me llevó hasta el ordenador y me incitó a escribir una historia. Esa misma noche comencé a escribir la que sería mi primera novela.

No he sido la única persona de Molina de Segura que ha sufrido este trastorno. Somos la localidad con mayor número de escritores de España en proporción al número de habitantes. Un porcentaje mayor que el de Madrid o Barcelona. Somos decenas de vecinos los que hemos visto publicadas nuestras obras en importantes editoriales y traducidas a otras lenguas. Y cientos y cientos los que sienten la necesidad de escribir. Ningún médico de los que nos han tratado, ningún científico, ha conseguido dar una respuesta a este fenómeno. Así

que la única teoría a la que podemos aferrarnos para encontrar una respuesta es la achacable a un suceso ocurrido hace más de siglo y medio —en la Nochebuena de 1858—, cuando un meteorito, un trozo de otro planeta, cayó sobre nosotros. Ese pedrusco caído desde el espacio, ha sido el de mayor volumen y peso que nunca haya colisionado contra la península Ibérica, y por ello preside la sala de meteoritos del Museo Nacional de Ciencias Naturales en Madrid. Según defienden algunos estudiosos del tema, del cráter que el meteorito formara al impactar contra el suelo, ahora, tantos años después, está emanando una sustancia invisible, un gas al que algunos llaman radioescribidad, que se extiende por las calles y plazas del pueblo y que, al inhalarlo, dota con el don de la literatura a los vecinos de Molina, convirtiéndolos en escritores. Y yo creo a pies juntillas en esta hipótesis; porque ¿qué otra razón existe para que un mercero, de más de cuarenta años de edad, se descubra a sí mismo una noche sentado delante de un ordenador escribiendo historias de forma compulsiva y no haya cesado de hacerlo desde entonces?

Junto a novelas, relatos, libros de viaje, cuentos infantiles... durante los últimos años he ido escribiendo anécdotas e historias ocurridas en Las Marujas, que iban siendo publicadas en el diario *La Opinión* de Murcia, bajo el título *La vida en un post-it*, y también en mi muro de Facebook; a la vez que semanalmente narraba algunas de ellas ante los micrófonos de la Cadena Ser. El mostrador de mi mercería es la atalaya desde donde miro el mundo, el lugar que me sirve de trinchera para

observar el comportamiento humano: una mina de personajes y situaciones que no he dudado en aprovechar para mis historias. Durante todos estos años, utilizando un estilo breve y conciso, y a modo de microrrelato, he escrito centenares de artículos donde reproduzco situaciones costumbristas y pintorescas, todas reales, que han ocurrido a mi alrededor, sin entrar a analizarlas ni juzgarlas críticamente. Otras veces, al igual que las olas del mar acercan botellas con un mensaje en su interior hasta la orilla de la playa, la gente llega hasta mi mercería y deposita historias sobre el mostrador. Un ramillete de estos artículos son los que forman el libro que el lector tiene en sus manos y al que he dado por nombre *Historias de mostrador*. Los hay cómicos, trágicos, sentimentales, nostálgicos... Yo sólo he sido testigo de ello; y, como buen cazador de historias, siempre llevo en el bolsillo del pantalón una libreta y un bolígrafo para que no escapen. El Meteorito hace el resto.

Tras leer y seleccionar estas doscientas y pico historias reales, me doy cuenta de que vivo en medio de un bosque lleno de magia y de vida por donde pululan centenares de personajes peculiares, una galería humana integrada entre otros muchos por viudos, poetas, supersticiosas, misses, policías, sacerdotes, sepultureros, colombianas, evangelistas, ciegos, futbolistas, sordomudas, mesías, gitanos, carteros... y hasta el mismísimo Jesucristo, en carne y hueso. Un bosque animado.

A veces, pienso que ha sido una suerte el que la vida me dejara caer tras el mostrador de Las Marujas.

HISTORIAS
DE
MOSTRADOR

Pañuelo

Me encanta descubrir cómo enriquece la gente nuestro hermoso idioma con solo una preposición y un verbo. “Quisiera un pañuelo”, me pide una clienta en la mercería. Le pregunto si se trata de un pañuelo para el cuello, la solapa, las narices... “¡Un pañuelo de llorar! —me especifica y, después, añade—: Lo quiero blanco y con puntillas. Es que se casa mi primera nieta y no voy a poder contener el llanto. Tengo otro para llorar, pero ese sólo lo utilizo en los entierros, velatorios y viendo el telediario”... ¡Un pañuelo de llorar!, la vida está llena de objetos exclusivos, sólo hay que saber encontrarles su perfecta función.

Dedos

Desde que tenía 7 u 8 años, siempre he mirado fascinado la mano de una clienta de nuestra tienda que tiene seis dedos. Hasta esta mañana, siempre lo he hecho con disimulo. Pero hoy, aprovechando que estábamos los dos solos, le he preguntado por el dedo “okupa”. Cuando nació, le ofrecieron a su padre extirparlo, pero la vio tan frágil y menuda que no dio su aprobación. Durante la juventud, edad de complejos, pensó en operarse y deshacerse de él, pero se le pasó. Un médico le dijo que ese dedo era lo que quedaba de una gemela que no llegó a desarrollarse...; y, como es hija única, le hizo mucha ilusión saber que su hermana siempre le acompañaba. Y ahora, a sus sesenta y tantos, no dejaría que se lo eliminaran por nada del mundo. “¡Lo quiero tanto como a mis otros diez!”

Sordomuda

Una de las clientas de mi mercería es sordomuda. Cuando viene a comprar me explica lo que quiere por medio de gestos. Lo hace con las manos, el rostro y el cuerpo, y los acompaña de sonidos guturales. Es muy explícita con sus gesticulaciones. A primera vista, da la impresión de que jugamos a adivinar títulos de películas sin decir una palabra. En alguna ocasión, me bloqueo y me cuesta averiguar el artículo que precisa, pero en otras, como ayer, acierto a la primera. Se colocó frente a mí, flexionó los brazos hacia el pecho y comenzó a aletear como si fuese una gallina; luego fue descendiendo lentamente hasta posar el culo casi al suelo... ¡Ya está —dije—: un huevo de zurcir calcetines! Cuando se lo mostré, aplaudió entre fuertes risotadas mudas. Y es que con la crisis, por un lado, la gente está recuperando artículos que ya estaban en desuso; y, por el otro, los tenderos agudizamos al máximo los sentidos para no perder ni una sola venta.

Amor

Cualquier lugar es válido para declarar el amor. Una clienta de cierta edad, viuda, me cuenta al entrar en la tienda: “¡Vengo sofocada! Estaba en el supermercado, en la cola del embutido y llevaba el número catorce. Detrás de mí, con el quince, un conocido. También viudo, como yo, pero reciente. Me ha dado en el hombro y al volverme, me ha preguntado ¿Por qué no te casas conmigo? He soltado una risa al escuchar la ocurrencia; y entonces, muy serio, me ha dicho que lo estaba diciendo en plan formal, que había incluso pensado en ir a hablar con mi hijo, para decirle que estaba enamorado de mí y que llevaba buenas intenciones. ¡Piénsatelo —me ha dicho a modo de ultimátum—; te doy veinte días para que lo hagas; ¡si no, tengo que buscarme a otra! Menos mal que en ese momento, ha aparecido en la pantalla el catorce y me ha salvado. ¡Qué sofoco! ¡Declararse en la cola de la charcutería! Me he ido sin mirarle y sin decirle ni siquiera adiós”.

Franco

Hace bastantes años, cuando yo era más joven (bueno, joven) y provocador (bueno, más provocador) venía todos los sábados a mi tienda un señor a que le rellenara de gasolina un encendedor con la efigie de Franco. Un día, delante de él, tiré con cierta chulería el mechero al cubo de la basura y le regalé uno nuevo, sin la estampación de la momia. ¿No te gusta más este?, le dije riendo. Montado en cólera, me lanzó con rabia el nuevo encendedor (me hizo daño al alcanzarme) y me pidió a gritos que le devolviese el suyo. Le sentó mal la broma y no volvió a pisar el portal de mi tienda durante un tiempo... Ayer, mientras le vendía unos calcetines (hace años que nos reconciamos), entre risas, le volví a recordar el incidente... “¿Tienes todavía aquel zipo que...?” “¡Que disgusto me diste! ¡Aún me hierve la sangre cuando me acuerdo! —me dijo—. Ya no fumo, pero llevo un retrato del Caudillo en la cartera... ¡Y no te lo pienso enseñar!”

Velones

Aunque resulte difícil de creer, vendo objetos mágicos en mi tienda: escapularios para combatir el “mal de ojo”, mariposas ardientes para alimentar la vida de los difuntos o velones que ayudan, entre otras cosas, a aprobar la Física y Química. Casi nunca fallan. Tenía una cliente que cada semana compraba un velón para encendérselo al Real Madrid y que ganara. Y lo peor es que le funcionaba casi todas las jornadas. Confieso que el Madrid no es el equipo de mis amores. Así que cuando vino a comprarlo para la final de la Copa del Rey que su equipo disputó contra mi Atleti, le dije que me negaba a vendérselo, que fuera a adquirirlo al chino de la esquina. Y no se lo vendí. La verdad, no podría vivir pensando que el Atleti de mis amores hubiese perdido aquella final por la culpa de mi avaricia comercial. Y ahí quedó el resultado para la historia —el triunfo colchonero tras catorce años consecutivos perdiendo— y para demostrar la eficacia de los velones que vendo.

Mujeres

Cuando conozco a alguien y me pregunta a qué me dedico, siempre respondo con cierta chulería: ¡Vivo de las mujeres! Entonces me mira de arriba abajo con incredulidad, como diciendo ¡no me lo creo!; ni tienes el porte de un gigoló ni el mal pelaje de un proxeneta. Sólo en ese momento, aclaro la contestación: soy mercero y novelista. El 95% de los clientes de mi tienda son mujeres; y, según mis editoriales, es mínimo el porcentaje de varones que compran mis libros y me leen. Así que... ¿vivo o no vivo del dinero de las mujeres?

Mariano

Hasta hace un par de meses, cada lunes, recibía la visita fija de un cliente en la mercería. Aunque lloviese, nunca faltaba. Mariano fue una de las grandes promesas de la literatura de nuestra región. En 1968, siendo muy joven, obtuvo el accésit del Premio Adonais de Poesía, el más prestigioso del país. Luego, la esquizofrenia, mezclada con algunas sustancias tóxicas se cruzaron en su vida y el cerebro le hizo crack. Desde hacía años, deambulaba incansablemente por el pueblo en busca de propinas para echar a las tragaperras. Eso sí, siempre la solicitaba con suma educación y simpatía. Cada lunes, acudía a mi tienda a por su paga: un euro. Al principio, era a cambio de un poema; yo le proporcionaba el folio y el boli y él lo escribía con letra temblorosa sobre el mostrador. Pero un día se le acabó el repertorio... Guardo todos sus manuscritos en una carpeta. Desde hace un par de meses, está interno en una residencia. No lo puedo remediar: lo echo de menos. Me gusta la gente diferente, son como esas flores que hacen único cada jardín.

Maja

Mientras le vendo una cremallera para un colchón, una cliente (ex Maja de España, un certamen de belleza que, durante los 70, fue paralelo al de Miss España) me pide consejo para escribir dos libros: uno, contando su vida; y otro, con las exitosas recetas de cocina que sirve en el restaurante que actualmente regenta. Quiere contar la historia de la hija de una mujer enferma que a los siete años, al salir del cole, se encaramaba a una silla para cocinar para su padre y sus hermanos; de la joven que perdió a su primer novio con veinte años; de la muchacha convertida en un bellezón que conquistó a toda España; de su experiencia en el mundo de las pasarelas y la moda; de cómo a lo largo de su vida tocó varias veces el cielo y, también, descendió alguna al oscuro infierno; de sus matrimonios; de su manía por confeccionarse sus propios vestidos; de su pasión por la pintura y los fogones... “¿Por qué no lo escribes todo, recetas y vida, en un solo libro? —le he propuesto—. A mucha gente, mientras

cuece a fuego lento el puchero que le has sugerido, le gustará leer lo que sentiste el día que te coronaron como la mujer más guapa de este país”.

Dolor

Ayer vi el rostro de una persona en el que no cabía más dolor; y unos ojos secos de tanto brotar lágrimas. No logro borrarlo de mi mente. La imagen de la mujer a la que atendí ayer en mi mercería era el de la desolación. Su nieto, un niño de cuatro años, murió atropellado hace unos meses en una calle de nuestro pueblo. Se llamaba Daniel, y escapó de la mano de su padre para cruzar al otro lado de la calzada, donde lo esperaba la madre, cuando un todoterreno pasó por encima de él; todo ocurrió ante la mirada impotente de los dos. La mujer que conducía el automóvil aún no se ha recuperado del shock. A veces, la vida es así de hija de puta y, en un segundo, todo se confabula para jodernos durante el resto de nuestra existencia.

Modista

No sólo los policías, los bomberos o los sanitarios están de guardia. Una modista me cuenta en la mercería que hay noches que está sentada con su legítimo en el sofá de su salón, tomando un gin tonic y viendo un concurso en la tele, cuando suena el teléfono. Una cliente. “Pon la televisión y sintoniza Tele 5. ¡¡Rápido!! ¿Ves el traje que lleva Pilar Rubio? Pues toma nota de los detalles... Quiero que me cosas uno igual, en color coral. Mañana te llevo la tela...”

Piropo

Estoy escribiendo sobre el mostrador, dedicándole un *Maldito Chino* a un lector, cuando entra ella en la mercería. Melena rubia y rizada, vaqueros ajustados y una camiseta de las que realzan el busto. El lector la repasa de arriba abajo y comenta en voz baja “¡¡Como está la rubia!! ¿La conoces?” “Sí —le respondo mientras termino de escribirle unas palabras en el ejemplar; entonces, acercándome a él y también en voz baja, le confieso un secreto—. Me acuesto con ella casi todas las noches... Es mi mujer”. El pobre ha tardado un rato en reponerse.

Collar

Una clienta de la mercería se lleva un collar de perlas blancas más falsas que un euro de chocolate. “Es para mi perrita, que es muy coqueta —me cuenta—. Tiene el cuellecito tan delgado que le doy hasta tres vueltas con el collar. Sin duda, es la más elegante del parque donde la llevo a pasear. Pero la envidia es muy mala. ¿Sabes lo que dicen los dueños de los otros perros cuando nos ven aparecer? —me pregunta—: ¡Mírala! Por ahí llega la Carmen Polo”.

Guardia

La celeridad con la que actúan algunos policías locales es de admirar. La otra mañana, una señora entró a mi mercería con muchas prisas. “Por favor —me dijo—, atiéndeme rápido que he dejado el coche mal estacionado —y añadió, en voz baja para que sólo yo la escuchara—. Como pase mi hijo con la moto, que es Policía Municipal, me la vuelvo a cargar: ya me ha multado dos veces, y sin derecho a reclamación; y lo peor, la bronca que me echa... ¡Deprisa! Que estoy sobre el paso de peatones...” Cría guardias, pensé yo.

Alada

“¡Cuánto tiempo hacía —comenta la mujer— que no entraba en esta tienda! Entonces, yo era feliz: tenía quince años, te compraba la colonia Alada y el maquillaje Maderas de Oriente.... Y ahora, mírame...” La recordaba de joven: pantalones de cuero ajustados, carmín rojo en los labios y un canalillo generoso al que me asomaba de soslayo desde el otro lado del mostrador. “Ahora tengo ocho hijos (bueno, siete, porque el mayor murió de una sobredosis de heroína hace dos), que son siete problemas, a cuál de ellos más grande. Mira, vengo del médico —y me muestra un puñado de recetas— para que me atiborre a tranquilizantes y antidepresivos, y no haga lo único que me apetece hacer: sacar del altillo del armario la pistola que esconde el hijoputa de mi marido, meterme el cañón en la boca y acabar de una vez... Aunque no lo creas —continúa diciendo—, acabo de vivir el único momento feliz desde hace semanas, al entrar aquí y recordar cuando tenía quince años, me empolvaba la cara con Maderas, me perfumaba con Alada y salía a la calle convencida de que la vida era otra cosa”.

París

Le estoy vendiendo unos guantes y un gorro de lana a una señora acompañada de tres niños y me dice: “Es que vamos a París, y allí hace frío”. “¿A Eurodisney?”, pregunto yo. “No —me contesta riendo—; vamos de escapada romántica mi marido y yo; solos, sin enanos, uno de esos viajes que se dicen para hacer hijos”. Ante la mirada inquisitoria de los niños por su comentario, la mujer me dice: “Hay que joderse. El otro día, cuando supieron de nuestros planes, nos sentaron a su padre y a mí en el sofá: querían hablar. La mediana, que es la más sensata, hizo de portavoz. ¡Ya somos tres y no hay habitaciones para más niños en la casa; así que en París, os pedimos contención y responsabilidad! Joder —concluyó la señora— sólo faltó que no entregaran una caja de condones...”

Visionarios

En Las Marujas, mi mercería, llevamos 50 años trabajando toda la jornada de pie; no hay siquiera una silla donde poder sentarnos. Siempre lo hemos considerado uno de los grandes inconvenientes de este trabajo. Pero, ahora, unos científicos norteamericanos han descubierto que trabajar sentado acorta la vida considerablemente: 21 minutos por cada jornada laboral que permanezcas acomodado en un sillón. Así que las grandes y modernas compañías como Google, Facebook, Microsoft..., que tanto miman a sus empleados, han decidido que por su salud deben trabajar de pie. Estos días, andan retirando los sillones y alargando 75 centímetros las patas de las mesas de despacho... Me pregunto si los de Las Marujas no seríamos unos visionarios al estilo Steve Jobs o Bill Gates.

Tele

U no está tan harto de que le ofrezcan cosas continuamente que, a veces, mete la pata, y hasta la ingle. Hace unas semanas, se presentó en mi tienda un señor con un paquete de libros en la mano. Sin mediar palabra, me alargó uno. De reojo, vi el título, “Evangelio 2013”. Moví la cabeza la cabeza en gesto negativo y le dije “No”. “¿No, qué?”, me preguntó. “Que gracias por el ofrecimiento, pero que NO lo compro... Tengo mucha lectura en casa”, respondí. “Si no vendo nada —me dijo el hombre sonriendo—, es un regalo para tu tía monja; nos hemos encontrado esta mañana en misa y me ha dicho que lo deje aquí”. Entonces, lo miré atentamente a la cara y... ¡Dios mío! Era el dominico J. A. Martínez Puche, el cura de la tele, el presentador del programa de la 1, Pueblo de Dios... Solo pude decirle: “Perdona, no te había reconocido...” Y es que he de confesar que Pueblo de Dios nunca ha sido mi programa favorito...

Maquinilla

Ya no se fabrican objetos que duren como los de antes. Uno de los clientes asiduos de mi tienda, un hombre que debe de andar muy cerca de los ochenta años de edad, acude mensualmente a comprar hojas de afeitar para su vieja maquinilla. Siempre me cuenta que se la compró a mi abuelo en el 52, dos días antes de partir al servicio militar. A veces, me la trae para que vea que no es falso lo que comenta. “Con ésta, me entierran... Y no es broma”, me dice siempre antes de marcharse. Y lleva varios años diciéndomelo.

Señorita

Hay momentos en los que uno se emociona detrás de un mostrador. Esta mañana, he atendido a Encarnita Alcaraz, mi profesora de Historia Universal en 1º de BUP y de Historia Contemporánea en COU. Ya octogenaria, ha llegado del brazo de una sobrina a mi mercería. Como solía hacer cuarenta y algún años atrás, la he tratado de “señorita” y “de usted”. No he podido contenerme y le he agradecido, ante su sobrina y el resto de las clientas, lo mucho que me ha servido para la vida todas y cada una de sus clases...; sin duda, mi vida es mucho más rica gracias a su esfuerzo y empeño en que aprendiese historia y arte. Cuando viajo, cuando veo una película, un cuadro, cuando leo una novela o paseo por delante de una iglesia... soy consciente de lo mucho que supuso en mi formación esta profesora. “Gracias, señorita, de verdad”, le he dicho cuando se marchaba. “Y yo que venía a felicitarte por tus éxitos literarios —me contesta— y, mira por dónde, me voy emocionada...”

Duros

Hace ya unos años que nos cambiaron la moneda; y yo, más que echar en falta la peseta, echo de menos el duro. Qué bonito era aquello de los cinco duros, los veinte duros, los mil duros, los veinte mil duros... Había gente mayor que sólo se entendía hablando en duros. Recuerdo que, al entrar el euro, un abuelo venía a la tienda con toda su pensión en la nueva moneda, la extendía sobre el mostrador y me pedía que se la tradujese a duros; y, lo que era más complicado, que le hiciese montones de “mil duros” con los billetes de euro para saber lo que iba gastando... ¡Una locura! Al final, era yo quien terminaba desconcertado... más confuso que el abuelo.